

—Soy, continuó diciendo el anciano, el sacerdote encargado...

—Comprendo, contestó Ordener; estoy dispuesto.

El sacerdote avanzó hacia él.

—Dios también está dispuesto á recibirnos, hijo mio.

—Vuestro semblante no me es desconocido, señor sacerdote, repuso Ordener. Os he visto en alguna parte.

El ministro inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Yo también os reconozco, hijo mio. Nos hemos visto en la torre de Vygla, y demostramos ambos ese día lo poco que vale la palabra humana. Vos me prometisteis alcanzar el perdón de doce desdichados reos, y yo no creí en vuestra promesa, porque no sabía que fuérais lo que sois, hijo del virey; y vos, señor, que confiábais en vuestra influencia y en el poderío de vuestro padre...

—Yo no puedo obtener hoy el perdón de nadie, ni siquiera el mio, dijo Ordener completando el pensamiento que Atanasio Munder no se atrevía á completar. Teneis razón, señor sacerdote.

El jóven preso quedó preocupado durante algunos instantes, y despues de un intervalo de silencio, añadió:

—Quiero cumplir lo que os prometí en la torre de Vygla. Cuando yo haya muerto, id á Berghen en busca de mi padre, virey de Noruega, y decidle que la última merced que le pide su hijo es la del perdón de vuestros doce protegidos. Os lo concederá, estoy seguro.

Una lágrima de ternura humedeció el rostro venerable de Atanasio.

—Hijo mio, preciso es que llenen vuestra alma muy nobles pensamientos para poder en este trance terrible no solicitar vuestro perdón y pedir bondadoso el de los demás. Porque oí lo que antes decíais, y aunque vitupero los peligrosos excesos de una pasión humana, me habeis conmovido profundamente. Ahora yo me pregunto á mí mismo: *¿Unde scelus?* ¿cómo es posible que hombre tan amante de verdadera justicia se haya manchado con el crimen que le conduce á la muerte?

—Padre mio, no se lo he declarado á ese ángel y tampoco puedo confesaroslo á vos; pero creed que no es un crimen la causa de mi muerte.

—Explicaos, hijo mio.

—No insistais, respondió el jóven con firmeza. Dejadme llevar al sepulcro el secreto de mi muerte.

—Este jóven no debe ser culpable murmuró el sacerdote.

Atanasio Munder sacó de su seno un Crucifijo negro; lo colocó sobre una especie de altar, groseramente formado de una losa arrimada á la húmeda pared de la prision. Cerca del Crucifijo colocó una pequeña lámpara de hierro encendida, que llevaba consigo, y una Biblia abierta.

—Hijo mio, rezad y medita. Volveré dentro de algunas horas. Vamos, añadió volviéndose hacia Ethel, que durante la entrevista de Ordener y Atanasio guardó silencio profundo; es preciso dejar al prisionero. El tiempo pasa de prisa.

Ethel se levantó radiante y serena; expresión divina animaba sus miradas.

—Señor sacerdote, le dijo, no puedo seguirlos todavía. Es preciso que antes deis la bendición nupcial á Ethel Schumacker y á su esposo Ordener Guldenlew.

Ella, mirando al jóven, continuó:

—Si fueras poderoso, libre y feliz, lloraria y separaria mi fatal destino del tuyo; pero ahora que ya no puedes temer el contagio de mi desgracia; ahora que estás preso como yo, y además infamado y oprimido; ahora que vas á morir, me acerco á tí, esperando que te dignes permitir á la que debió ser la compañera de tu vida, que sea la compañera de tu muerte, porque yo ya sé que me amas lo suficiente para no dudar un instante de que yo moriré al mismo tiempo que tú.

Cayó Ordener á los piés de Ethel y le besó el borde de la falda.

—Vos, anciano, continuó ella, sereis para nosotros familia y padres; este calabozo será el templo, esta piedra el altar. Hé aquí mi anillo; ya estamos de rodillas delante del sacerdote y delante de Dios. Bendecidnos y leednos las santas palabras que deben enlazar á Ethel Schumacker á Ordener Guldenlew, mi señor.

Se arrodillaron á la par ante el sacerdote, que los contemplaba con compasión y asombro.

—Hijos míos! qué haceis?

—Padre mio, el tiempo apremia, dijo la jóven: Dios y la muerte nos esperan.

Se encuentran algunas veces en la vida poderes irresistibles y voluntades á las que involuntariamente cedemos como si fuesen superiores á las otras voluntades humanas. El sacerdote levantó los ojos al cielo suspirando y dijo:

—¡El Señor me perdone si es culpable mi condescendencia! Os amais y os que-

da poquísimo tiempo para amaros en el mundo; no creo faltar á mis santos deberes legitimando vuestro amor.

Celebróse la tierna y terrible ceremonia. Levantáronse los dos amantes despues que el sacerdote les dió la última bendicion; ya eran esposos.

El semblante de Ordener brillaba con dolorosa alegría, como si empezara á sentir la amargura de la muerte desde el momento en que probaba la felicidad de la vida; las facciones de su compañera mostraban expresion sublime de grandeza y de ingenuidad; era aun modesta como una virgen y orgullosa como una recién casada.

—Escúchame, Ordener mio; ¿no es cierto que ahora seremos dichosos muriendo juntos, ya que juntos no hemos podido vivir? Sabes lo que voy á hacer?... Me colocaré en una de las ventanas de la torre, de modo que te vea subir al cadalso, con la idea de que nuestras almas vuelen juntas al cielo. Si yo espiro antes que el hacha caiga, yo te esperaré, porque somos esposos, Ordener mio, y esta noche el sepulcro será nuestro lecho nupcial.

El hijo del virey estrechó á su esposa contra su pecho ardiente y solo pudo pronunciar estas palabras, que compendaban el objeto de toda su vida:

—Ethel, ya eres mia!

—Hijos míos, dijo con voz enternecida el sacerdote, despedíos. Ya es hora.

—Ay! gritó Ethel.

Un momento despues la jóven, recordando toda su fuerza de ángel, se prosternó ante el hijo del virey y le dijo:

—Adios, mi adorado Ordener, mi señor; dame tu bendicion.

Hízolo así el prisionero y se volvió á saludar al venerable Atanasio Munder. Este anciano estaba tambien arrodillado delante de él.

—Qué esperais así, padre mio? preguntó el preso sorprendido.

—Vuestra bendicion.

—El cielo os bendiga y conceda las felicidades que pedí para los demás hombres, vuestros hermanos, respondió Ordener con acento conmovido y solemne.

El calabozo oyó los últimos adioses y los últimos besos: se cerraron con estruendo los duros cerrojos y la puerta de hierro separó á los jóvenes esposos, que iban á morir despues de darse cita para la eternidad.

XLV.

Quien me diere vivo ó muerto á Luis Perez, le daré dos mil escudos..

(CALDERÓN.)

Baron Vethaum, coronel de los arcabuceros de Munckholm, ¿qué soldado de los que combatieron á vuestras órdenes en el Pilar Negro hizo prisionero á Han de Islandia? Nombrádnosle, para que reciba los mil escudos reales prometidos por la captura del bandido.

Así hablaba el presidente del tribunal al coronel de los arcabuceros. El tribunal estaba reunido, porque, segun la antigua costumbre de Noruega, los jueces que fallan sin apelacion deben permanecer en sus asientos hasta que se ejecute la sentencia que dictaron. Delante de ellos está el gigante con la cuerda al cuello que debe ahorcarle dentro de pocas horas.

El coronel, sentado cerca de la mesa del secretario, se levanta y saluda al tribunal y al obispo, que ha vuelto á ocupar su trono.

—Señores jueces, el soldado que cogió prisionero á Han de Islandia está en este recinto. Se llama Toric Belfast, segundo arcabucero de mi regimiento.

—Que se presente, pues, á recibir la recompensa prometida.

Un soldado jóven con traje de arcabucero de Munckholm se presentó.

—Sois Toric Belfast? le preguntó el presidente.

—Por la gracia de Dios.

—¿Hicisteis vos prisionero á Han de Islandia?

—Sí, con la ayuda de Belcebú, señor presidente.

Llevaron entonces á la mesa del tribunal un saco pesado.

—¿Reconoceis que es este hombre el famoso Han de Islandia? añadió el presidente, enseñándole al gigante encadenado.

—Conocia mejor el cuerpo de la linda Catalina que á Han de Islandia, señor presidente; pero juro por la gloria de San Belphegor que si Han de Islandia está en alguna parte, debe ser en el cuerpo de ese gran demonio.

—Aproximaos, Toric Belfast, dijo el presidente; tomad los mil escudos prometidos por el síndico mayor.

Avanzaba el soldado hácia el tribunal, cuando una voz salió de la muchedumbre, gritando:

—¡Arcabucero de Munckholm, no eres

tú el que has cogido á Han de Islandia!

—Por todos los diablos del infierno! exclamó volviéndose el soldado: no poseo más que la pipa y este minuto en que estoy hablando, pero prometo dar mil escudos de oro al que acaba de decir eso, si es hombre para probarlo.

Y cruzando los brazos paseó la victoriosa mirada por el auditorio.

—Pues bien; que salga el que acaba de hablar.

—Aquí está, dijo un hombre de pequeña estatura, que se abrió paso por entre la multitud.

El personaje que se presentó iba embozado en una estera de junco y de piel de vaca marina, traje habitual de los groenlandeses, que caia alrededor de su cuerpo como el techo cónico de una choza; barba y cabellos negros casi ocultaban su semblante; era horrible lo poco que se veia de él: llevaba metidos brazos y manos entre los pliegues de la estera.

—Ah! eres tú? dijo el soldado riendo á carcajadas. Si no fui yo, ¿quién tuvo el honor de prender á este diabólico gigante?

El hombrecillo meneó la cabeza y dijo con sonrisa maliciosa:

—Yo.

Entonces el baron Vethaum creyó reconocer en ese hombre singular al sér misterioso que le participó en Sekongen la llegada de los rebeldes; el canceller Ahlefeld, al huésped de las ruinas de Arbar, y el secretario íntimo, á cierto campesino de Oelme, que llevaba una estera parecida y que le indicó la guarida de Han de Islandia. Pero como estaban separados los tres, no pudieron comunicarse su impresion fugitiva, que borró en seguida la diferencia de traje y de facciones que notaron en él.

—Conque eres tú? respondió irónicamente el soldado. Si no usaras el traje de foca de Groenlandia creeria, al mirar los ojos que me echas, que eres otro enano grotesco como uno que se atrevió á armarme camorra en el Spladgest, hará quince dias—el dia que llevaron el cadáver del minero Gill Stadt.

—Gill Stadt!... le interrumpió el hombrecillo estremeciéndose.

—Sí, de Gill Stadt, prosiguió el soldado con indiferencia, el amante rechazado por una jóven que era querida de uno de mis compañeros y por la que se mató como un bestia.

El hombrecillo le preguntó con voz sombría:

—¿No estaba tambien en el Spladgest el cuerpo de un oficial de tu regimiento?

—Precisamente; siempre me acordaré de ese dia, en el que por haber vuelto tarde á Munckholm estuve á pique de ser degradado. El oficial muerto fué el capitán Dispolsen.

Al oír este nombre púsose en pié el secretario íntimo.

—Estos dos individuos abusan de la paciencia del tribunal, dijo, por lo que suplicamos al señor presidente que abrevie ese diálogo inútil.

—Por el honor de mi Catalina, no pido otra cosa, respondió Toric Belfast, con tal de que vuestras cortesías me adjudiquen los mil escudos prometidos por la captura de Han de Islandia, que yo hice prisionero.

—Mientes! gritó el hombrecillo.

El soldado echó mano al sitio donde debía tener el sable.

—¡Dá gracias, miserable, á que estamos delante de la justicia, en cuya presencia ningun soldado, ningun arcabucero de Munckholm debía estar desarmado!

—A mí me pertenece esta recompensa, añadió friamente el hombrecillo, porque sin mí nadie se hubiera apoderado de la cabeza de Han de Islandia.

Furioso el soldado, juró que él habia cogido al célebre bandido en el campo de batalla cuando empezaba á abrir los ojos.

—Pues bien, dijo su adversario, fácil es que tú le hayas cogido, pero yo le herí en la cabeza; sin mi herida tú no le hubieras hecho prisionero; luego á mí me pertenecen los mil escudos.

—Eso es falso, replicó el soldado; no le heriste tú, sino un demonio vestido de pieles.

—Era yo!

—No, no!

Impuso silencio el presidente á las dos partes, y preguntando por segunda vez al coronel Vethaum si fué Toric Belfast el que llevó prisionero á Han de Islandia, despues de oír la respuesta afirmativa del baron, declaró que la recompensa correspondia al soldado.

Rechinó los dientes el hombrecillo y el arcabucero tendió las manos con avidez para coger el saco.

—Un momento! gritó el desconocido. —Señor presidente, esa suma, segun el edicto del síndico mayor, corresponde al que entregue á Han de Islandia.

—Cierto; y qué?... preguntaron los jueces.

El hombrecillo, volviéndose hacia el gigante, les dijo:

—Ese hombre no es Han de Islandia.

Un murmullo de asombro recorrió toda la sala del tribunal.

El presidente y el secretario íntimo se agitaban en sus sillones.

—No, repitió con firmeza el hombrecillo; el dinero no le corresponde á ese maldito arcabucero, porque ese hombre no es Han de Islandia.

—Alabarderos, dijo el presidente, llevaos á ese energúmeno, que se conoce que está loco.

El obispo tomó la palabra:

—Permítame el respetable presidente que le haga observar que no se debe, haciendo callar á ese hombre, privar de la única tabla de salvación á que puede acogerse el reo que está presente. Pido, por lo tanto, que continúe la confrontación.

—Reverendo obispo, el tribunal vá á satisfaceros, contestó el presidente; y dirigiéndose al gigante, le interrogó:—Declarásteis ser Han de Islandia; ¿confirmáis á las puertas de la muerte esta misma declaración?

—La confirmo; soy Han de Islandia, contestó el condenado.

—Ya lo oís, señor obispo.

Al tiempo de decir el presidente lo anterior, el hombrecillo gritaba, mirando al gigante:

—Mientes, montañés de Kole! ¡Mientes! No te obstines en llevar un nombre que pesa demasiado; recuerda que ya te fué funesto.

—Soy Han de Klipstadur, repitió el gigante, con la mirada fija en el secretario íntimo.

Acercóse el hombrecillo al arcabucero de Munckholm, que, como todo el auditorio, se fijaba con curiosidad en esta escena.

—Montañés de Kole, dícese que Han de Islandia bebe sangre humana. Si eres tú, bébela. Aquí la tienes.

Al pronunciar estas palabras, el hombrecillo se desazonó de repente y hundió su puñal en el corazón del arcabucero, arrojando en seguida el cadáver á los pies del gigante.

Prorumpió todo el auditorio en un grito de espanto y de horror; los soldados que custodiaban al gigante retrocedieron involuntariamente. El hombrecillo, rápido como el rayo, lanzóse sobre el montañés descubierto, y dándole otra puñalada, hízole caer al suelo junto al cadáver del soldado. Arrancóse entonces

la capa de estera, las postizas barba y cabellera negras, descubrió sus nervudos miembros, cubiertos de pieles, y enseñó el semblante, que causó más horror á los circunstantes que el puñal ensangrentado que blandía, cuya hoja goteaba la sangre de dos asesinatos.

—¿Quién es Han de Islandia, señores jueces? exclamó con acento feroz.

—Soldados, prended á ese monstruo! mandó, aterrado, el presidente.

Han arrojó al suelo el puñal.

—Ya me es inútil, dijo, si no hay aquí más arcabuceros de Munckholm.

Hablando así se entregó, sin oponer resistencia, á los alabarderos y á los arqueros que le rodeaban, preparándose á sitiarse como á una plaza fuerte. Encadenaron al monstruo, colocáronle en el banco de los acusados y se llevaron en una litera á las dos víctimas, de las que el montañés respiraba todavía.

Imposible es describir los diversos movimientos de terror, de asombro y de indignación que durante esta horrible escena agitaron al pueblo, á los guardias y á los jueces. Cuando el famoso bandido, sereno é impasible, se sentó en el banco fatal, el sentimiento de la curiosidad impuso silencio á todas las demás impresiones, y la atención restableció la tranquilidad.

El venerable obispo se levantó:

—Señores jueces... dijo.

El bandido le interrumpió:

—Obispo de Drontheim, yo soy Han de Islandia; no te tomes el trabajo de defenderme.

El secretario íntimo se levantó.

—Noble presidente...

El monstruo le cortó también la palabra:

—Señor secretario íntimo, yo soy Han de Islandia; no te tomes el trabajo de acusarme.

Al decir esto metía los pies en la sangre que bañaba el suelo y paseaba la mirada insolente y feroz por el tribunal, por los arqueros, por la multitud, y parecía que todos aquellos hombres estaban aterrorizados á la vista de este hombre solo, desarmado y cargado de cadenas.

—Escuchad, señores jueces, y no esperéis que os haga un largo discurso. Soy el demonio de Klipstadur; mi madre es la antigua Islandia, la isla de los volcanes, que solo formaba en otro tiempo una montaña, y que aplastó la mano de un gigante apoyándose sobre su cumbre cuando cayó del cielo. No necesito

hablaros de mí; desciendo de Ingolfo el Exterminador y soy el heredero de su espíritu. He cometido más asesinatos y he causado más incendios yo solo, que sentencias injustas habeis pronunciado todos juntos durante vuestra vida. Tengo además algunos secretos comunes con el canciller Ahlefeld. Beberia con delicia toda la sangre que corre por vuestras venas, porque está en mi naturaleza odiar á los hombres y en mi misión hacerles daño. Coronel de los arcabuceros de Munckholm, yo fui quien te avisó de que los mineros iban á pasar por el Pilar Negro, con la seguridad de que matarías muchos hombres en aquellas malditas gargantas; yo fui el que aniquilé casi á un batallón de tu regimiento, arrojándole peñascos, porque haciendo eso vengaba á mi hijo. Ahora, jueces, que mi hijo murió, vengo á buscar mi muerte. El alma de Ingolfo me pesa, porque la llevo solo y no puedo transmitirla á ningun heredero. Estoy ya cansado de la vida, porque no puede ya servir de ejemplo ni de lección á ningun sucesor. He bebido bastante sangre y ya no tengo sed. Ahora me entrego; podeis beber la mia.

Calló y todo el auditorio repetía, sor-damente y en voz baja, cada una de aquellas horribles palabras.

El obispo le dijo:

—Hijo mio, ¿con qué intención habeis cometido tantos crímenes?

El bandido se echó á reír.

—Te juro, reverendo obispo, que no fué con la intención de tu compañero el obispo de Borglum, para enriquecerme (1). Lo hice por inclinación natural. —Dios no reside siempre en todos sus ministros, respondió con humildad el santo sacerdote, pero vos me insultais cuando yo trato de defenderos.

—Tu reverencia pierde el tiempo, y sino que te lo diga tu otro compañero el obispo de Scalholt, de Islandia. Por Ingolfo te aseguro que es cosa muy extraña que dos obispos hayan cuidado de mi vida, uno cerca de mi cuna y el otro cerca de mi sepulcro.

—Hijo mio, crees en Dios?

—Por qué no? quiero que haya un Dios para tener el gusto de blasfemar.

—Basta, desgraciado! ¡Vais á morir y no besais los pies de Jesucristo!...

(1) Refieren algunos cronistas que en 1625 era famoso por sus latrocinios y correrías un obispo de Borglum. Dícese que mantenía á algunos piratas que infestaban las costas de la Noruega.

Han de Islandia se encogió de hombros.

—Vamos, pues, señores jueces, ¿qué esperais? dijo Han de Islandia. Si yo estuviera en vuestro sitio y vosotros en el mio, no os haria esperar tanto tiempo vuestra sentencia de muerte.

Retiróse el tribunal: despues de breve deliberación volvió á entrar en la audiencia; el presidente leyó en alta voz la sentencia que, segun la fórmula de costumbre, condenaba á Han de Islandia á ser colgado por el cuello hasta que muerto quedara.

—Perfectamente, dijo el bandido. Sé de tí lo suficiente para que te dictasen una sentencia igual; pero vive, ya que vives para causar daño á los hombres. —Vamos, ahora ya estoy seguro de no ir ya al Nystheim (1).

Mandó el secretario íntimo á los soldados que se llevasen á Han de Islandia y que le depositaran en la torre del Leon de Slesvig, mientras se le preparaba un calabozo en el cuartel de los arcabuceros de Munckholm, en el que esperaria la ejecución.

—¡En el cuartel de los arcabuceros de Munckholm! repitió el monstruo lanzando un rugido de alegría.

XLVI.

Aunque el cadáver de Ponce de Leon, que quedó cerca de la fuente, estaba desfigurado por el sol, los moros de las Alpujarras se apoderaron de él y se lo llevaron á Granada.
(E. H.—El cautivo de Ochali.)

Antes de amanecer el día que va transcurriendo, en la misma hora de pronunciarse la sentencia de Ordenar en Munckholm, el nuevo conserje del Spladgest de Drontheim, el teniente y sucesor actual de Benigno Spiagudry, Oglypiglap, fué bruscamente despertado en su cama por varios golpes que resonaron con estruendo en la puerta del edificio. Se levantó de mal humor, tomó la lámpara de cobre, cuya débil claridad heria sus ojos medio dormidos, y fué, echando pestes de la humedad de la estancia de los muertos, á abrir á los que venian á arrancarle tan temprano de las dulzuras del sueño.

Eran los que llamaban unos pescadores del lago de Sparbo, que traian en una litera, cubierta de juncos, de algas y de légamo, un cadáver que encontraron en las aguas del lago.

(1) Segun las creencias populares, el Nystheim era el infierno de los que morian de enfermedad ó de vejez.

Depositaron la carga en el interior del fúnebre edificio, y Oglypiglap les dió el recibo de haber traído el cadáver para que pudiesen reclamar la paga.

Cuando éste quedó solo en el Spladgest empezó á desnudar el cadáver, que era notable por lo largo y por lo flaco. El primer objeto que se presentó á su vista, despues de levantar el sudario que le cubria, fué una enorme peluca.

—Esta peluca extranjera, se dijo para su colete, es la segunda vez que viene á mis manos... era de aquel jóven francés elegante... pero... tambien están aquí las grandes botas del pobre postillon Cramer, al que estrellaron sus caballos...— Pero qué diablos significa esto?—El traje negro completo del profesor Syngramtax, aquel viejo sábio que hace pocos dias se ahogó. ¿Quién será este cadáver desconocido que viene vestido con los despojos de mis antiguos conocidos?

Paseó la lámpara por el rostro del muerto, pero inútilmente; sus facciones, ya descompuestas, habian perdido la forma y el color. Registróle todos los bolsillos y sacó algunos viejos pergaminos, impregnados de agua y llenos de légame; los secó cuidadosamente con su mandil de cuero y consiguió leer en uno de ellos estas palabras incoherentes y medio borradas:—“Rubdeck; Sajon el gramático; Arngrim, obispo de Holum.—No hay en Noruega más que dos condados, Larvig y Jarlsberg, y una baronía...—Solo en Konsberg se encuentran minas de plata; imán y asfaltos en Sundmver; amatistas solo en Guldbanshal; calcedonias, ágatas y jaspe en las islas Faroér.—En Nonkahiva, en los años de hambre, los hombres se comen á sus mujeres y á sus hijos. Isleif, obispo de Scalholt, primer historiador de Islandia.—Mercurio jugó al ajedrez con la luna y le ganó la septuagésima segunda parte del dia.—Malstrom, abismo.—*Hirundo*, *hirundo*.—Ciceron, garbanzo; gloria.—Frode el sábio.—Odin consultaba la cabeza de Mimer, sábio.—(Mahoma y su palomo, Sertorio y su cierva.)—Cuanto más suelo... menos cantidad contiene de gipso...”

—¡No puedo creer lo que estoy viendo! gritó dejando caer el pergamino. ¡Esta letra es letra de mi antiguo amo Benigno Spiagudry!...

Examinó ya con esta idea otra vez el cadáver y reconoció las manos largas, el cabello raso y la hechura singular del cuerpo del anterior conserje del Spladgest.

—No sin fundamento, se dijo sacudiendo la cabeza, se le acusaba de sacrilego y de nigromante. El diablo se lo llevó para ahogarlo en el lago Sparbo. —Para que se vea lo que somos! ¡Quién hubiera dicho que el doctor Spiagudry, despues de hospedar tanto tiempo á otros en su posada de la muerte, vendria él tambien desde lejos á ser huésped de ella!...

El lapon filósofo levantaba el cuerpo del pobre Benigno para colocarle en una de las seis losas de granito, cuando se apercibió de que pendia del cuello del muerto alguna cosa pesada, atada por una correa de cuero.

—Sin duda será la piedra con la que el demonio le precipitó en el lago, se dijo entre dientes.

Pero se engañaba: aquel objeto era un cofrecillo de hierro, en el que, mirándolo de cerca, despues de limpiarlo bien, vió una gran cerraja en forma de escudo.

—Algun secreto infernal debe encerrarse en esta caja, dijo Oglypiglap; este hombre era sacrilego y brujo. Voy á llevar este cofrecillo á casa del señor obispo; quizás contenga algun demonio.

Esto diciendo, la desató del cuello del cadáver, que depositó en la sala de exposiciones mortuorias, y salió apresuradamente, encaminándose al palacio episcopal y rezando por el camino algunas oraciones para salvarse del espantoso cofrecillo que llevaba en la mano.

XLVII.

¿Es un hombre ó es un espíritu infernal el que así habla? ¿Qué demonio horrible te atormenta? Muéstrame el implacable enemigo que vive en tu corazón.

(MATURIN.)

Han de Islandia y Schumacker están en la misma cámara de la torre del Leon de Slesvig: el ex-canciller, absuelto, pasea dando pasos lentos y con los ojos bañados de amargas lágrimas; el bandido, sentenciado á muerte, se rie arrastrando las cadenas y rodeado de guardias.

Los dos prisioneros se contemplan largo rato en silencio, como si por instinto reconocieran uno y otro que son enemigos de los hombres.

—Quién eres? preguntó al fin Schumacker al mónstruo.

—Te diré mi nombre, respondió el otro, para que huyas de mí. Soy Han de Islandia.

XLVIII.

Cuando el malo me espía,
me hareis, Señor, que caiga entre sus manos?
¿El tu senda rompía
debajo de mis piés... no me castigues,
que mi crimen es suyo.
(ALFREDO DE VIGNY.)

El prisionero se acercó á él.
—Estrecha esta mano, le dijo.
—Es que quieres que te la devore?
—Han de Islandia, continuó diciendole el ex-canciller, me inspiras afecto porque odias á los hombres.

—Por eso te odio á tí.

—Escucha: aborrezco á los hombres porque les hice bien y me pagaron haciendo mal.

—Pues tú no los aborreces como yo; yo los aborrezco porque me han hecho bien y les pago haciéndoles mal.

Extremeciése Schumacker al observar la mirada diabólica del bandido; á pesar de todos los esfuerzos que hacia por vencer su naturaleza, no pudo simpatizar con aquel mónstruo.

—Execro á los hombres porque son malos, ingratos y crueles, y les debo todas las desgracias de mi vida.

—Tanto mejor! Yo les debo la felicidad de la mia.

—Qué felicidad?

—La de sentir extremecerse entre los dientes sus carnes palpitantes; la de calentar mi garganta con su sangre humeante; la voluptuosidad de estrellar séres vivos contra las rocas y de oír el grito de la víctima entre el estallido de sus miembros destrozados. Hé aquí los placeres que me han proporcionado los hombres.

Schumacker retrocedió aterrado al oír al mónstruo, al que se acercara casi con el orgullo de parecersele. Avergonzado, ocultó entre las manos su venerable rostro, porque sus ojos estaban llenos de lágrimas de indignacion, no hacía la raza humana, sino hacía sí mismo. Su corazón, noble y generoso, empezaba á asustarse del odio que hacia ya mucho tiempo le inspiraban los hombres, al verle reproducido en el corazón de Han de Islandia como en un horrible espejo.

—Pues bien, enemigo de los hombres, ¿te atreves ahora á blasonar de parecerme á mí?

El anciano se estremeció.

—Dios mio! antes quisiera amarles que aborrecerles como tú.

Llegaron en esto los soldados para llevarse al mónstruo á un calabozo más seguro. Schumacker quedó solo y pensativo en la torre, pero sin ser ya enemigo de los hombres.

Llegó la hora fatal! ya solo se veía la mitad del disco de sol en el horizonte. Las guardias eran dobles en toda la fortaleza de Munckholm; delante de cada puerta se paseaban centinelas silenciosos y sombríos. Llegaba más tumultuoso y más sonoro á las tristes torres del castillo el rumor de la ciudad; en la fortaleza reinaba agitacion extraordinaria. Oíase en todos los patios el lúgubre són de los tambores destemplados y cubiertos de negro crespon; el cañon de la torre baja tronaba de vez en cuando; la pesada campana del castillo se balanceaba lentamente, produciendo sonidos graves y prolongados, y desde todos los puntos del puerto salian, con direccion á la terrible roca, embarcaciones cargadas de mucha gente.

Un cadalso enlutado, en torno del que aumentaba por momentos impaciente muchedumbre, se alzaba en la plaza de armas del castillo, en el centro de un cuadro de soldados. Encima del patíbulo se paseaba un hombre vestido de sarga roja, ya apoyándose sobre el hacha que tenia en la mano, ya arreglando un tajo y una cadena que habia sobre el tablado fúnebre. Junto á éste distinguíase una hoguera, delante de la que ardian algunas antorchas de resina. Entre el cadalso y la hoguera se destacaba un jalon, que tenia suspendido este letrero: *Ordener Guldenlew, traidor*. Se veía desde la plaza de armas flotar en lo alto de la torre del Leon de Slesvig una bandera negra.

Presentóse en este momento el reo Ordener ante el tribunal, que continuaba reunido en la cámara de la audiencia. El obispo nada más estaba ausente de allí, porque su papel de defensor habia ya terminado.

El hijo del virey se presentó vestido de negro y llevando pendiente del cuello el collar de la orden de Dannebrog. Su rostro estaba pálido, pero sereno. Llegó solo, porque fueron á buscarle para llevarle al suplicio antes que el sacerdote Atanasio Munder hubiera vuelto al calabozo.

Ordener habia ya interiormente consumado su sacrificio; sin embargo, el esposo de Ethel se despedia con amargu-

ra de la vida, y quizás hubiera querido elegir para primera noche de bodas otra noche que la del sepulcro. Había rezado y había soñado en la prision, y ahora estaba ya en pié ante el término de toda oracion y de todo sueño; pero se sentía fuerte por la fuerza que dan Dios y el amor.

La multitud, más conmovida que el reo, le observaba con ávida atencion. El esplendor de su clase, el horror que le causaba su destino, despertaban todas las envidias y todas las compasiones. Todos asistian á su castigo sin comprender el crimen. Hay en el fondo del pecho de los hombres un sentimiento extraño que, así como los arrastra hácia los placeres, los impele tambien al espectáculo de los suplicios. Quieren con horrible ansiedad apoderarse del pensamiento de la destruccion en las facciones descompuestas del que vá á morir, como si alguna revelacion del cielo ó del infierno debiera aparecer en esos momentos solemnes en los ojos del reo, y enterarse de la sombra que arroja el ala de la muerte cerniéndose sobre una cabeza humana, examinando lo que resta del hombre cuando la esperanza lo abandona. Ese sér lleno de fuerza y salud, que se mueve, respira y vive, y que dentro de un momento cesará de moverse, de respirar y de vivir, cercado de séres iguales á él, á los que él nada ha hecho, á quien todos compadecen, pero ninguno socorre; ese sér desgraciado que, muriendo sin estar moribundo, amagado á la par por un poder material y otro poder invisible; esa vida que la sociedad no puede dar y que quita con aparato, toda esa ceremonia imponente del asesinato judicial, conmueve poderosamente las imaginaciones. Condenados todos los hombres á muerte en plazos indefinidos, es para nosotros un objeto de curiosidad extraña y dolorosa el mortal que sabe á punto fijo la hora en que termina su plazo.

Sin duda recordará el lector que, antes de ser llevado al suplicio, debía Ordenar comparecer ante el tribunal para ser degradado de sus títulos y dignidades. Apenas se calmó el movimiento que su llegada produjo en la asamblea, hizo el presidente que le trajeran el libro heráldico de los dos reinos y los estatutos de la real orden de Dannebrog.

Después de invitar al reo á que hincara en tierra la rodilla, recomendó á los asistentes silencio y respeto; abrió el libro de los caballeros de Dannebrog y empezó á leer en voz alta y severa:

—“Christiern, por la gracia y misericordia del Todopoderoso, rey de Dinamarca y de Noruega, de los Vándalos y de los Godos, duque de Slesvig, de Holstein, de Stormaria y Dytmarse, conde de Oldemburgo y de Delmenhurst, hacemos saber:—Que habiendo restablecido, oído el dictámen de nuestro gran canceller, conde de Griffenfeld, la real orden de Dannebrog, fundada por nuestro illustre abuelo San Waldemaro;

„Considerando por Nos que esta venerable orden fué creada para conservar la memoria del estandarte Dannebrog, enviado por el cielo á nuestro reino bendito,

„Y que seria injuriar á la divina institucion de esta orden si alguno de sus caballeros pudiera impunemente faltar á las leyes del honor y á las santas leyes de la Iglesia y del Estado,

„Mandamos de rodillas, delante de Dios, que cualquiera de los caballeros de la orden que entregue su alma al demonio por medio de cualquiera felonía ó traicion, despues de haber sido públicamente acusado por un juez, sea para siempre degradado del rango de caballero de nuestra real orden de Dannebrog.”

El presidente cerró el libro y dijo:

—Ordenar Guldenlew, baron de Thorvick, caballero de Dannebrog, sois culpable de alta traicion, crimen por el que se os cortará la cabeza, será abrasado vuestro cuerpo y aventadas sus cenizas; Ordenar Guldenlew, traidor, os habeis hecho indigno de contaros entre los caballeros de Dannebrog. Os invito á que os humilleis, pues yo voy á degradaros públicamente en nombre del rey.

El presidente extendió la mano sobre el libro de la orden, y al ir á pronunciar la fórmula de la degradacion, dirigiéndose á Ordenar, que estaba sereno é inmóvil, se abrió una puerta al lado derecho del tribunal. Un ujier eclesiástico apareció en ella anunciando á su reverencia el obispo del Drontheimnus.

Él era en efecto. Entró precipitadamente en la cámara, acompañado de otro eclesiástico que le sostenia.

—Deteneos, señor presidente! exclamó con una energía que no debía esperarse de su ancianidad.—Deteneos! Loado sea el Señor por haberme hecho llegar á tiempo.

Aumentó la atencion de toda la asamblea, preveyendo algun nuevo acontecimiento.

El presidente se volvió malhumorado al obispo.

—Vuestra reverencia me permitirá, le dijo, que le haga observar que su presencia aquí ya es inútil. El tribunal vá á degradar al reo, que vá ya á sufrir el castigo de su culpa.

—Guardaos, señor presidente, contestó el obispo, guardaos de repetir lo que habeis dicho de quien es puro delante del Señor. Ese reo es inocente.

Nada puede compararse al grito de asombro que resonó en el auditorio más que el grito de espanto que lanzaron el presidente y el secretario intimo.

—Temblad, jueces! prosiguió el obispo, antes de que el presidente recobrara la sangre fria. Temblad! porque ibais á verter la sangre de un inocente.

Mientras se calmó la emocion del presidente, Ordenar se levantó consternado; el noble jóven temió que hubieran descubierto su generoso ardid y que hubieran encontrado pruebas de la culpabilidad de Schumacker.

—Señor obispo, dijo el presidente, en este asunto parece que el crimen trate de escapársenos, pasando de una á otra cabeza. No os fieis de vanas apariencias. Si Ordenar Guldenlew es inocente, ¿quién es el culpable?

—Vuestra gracia va á saberlo, respondió el obispo.—Luego presentó al tribunal un cofrecillo de hierro que sacó un paje que vino con él.—Nobles señores; juzgásteis en la sombra, pero aquí está la luz milagrosa que debe disiparla.

El presidente, el secretario intimo y Ordenar quedaron asombrados al mismo tiempo ante el misterioso cofrecillo de hierro.

El obispo prosiguió:

—Nobles jueces, escuchadme. Hoy, al volver al palacio episcopal á descansar de las fatigas de la noche y á rezar por los reos, se me entregó ese cofrecillo de hierro. El conserje del Spladgest le llevó esta mañana á palacio, segun me dijeron, para que se me entregase en propias manos, asegurando que debía encerrar algun misterio diabólico, por haber sido encontrado suspendido del cuerpo del cadáver de Benigno Spiagudry.

Ordenar redobló la atencion: el auditorio guardaba religioso silencio. El presidente y el secretario doblaban la cabeza como si fuesen dos reos; cualquiera hubiera creído que se olvidaban de su astucia y de su audacia. Hay momentos en la vida del malvado en los que su poder desaparece.

—Después de bendecir este cofrecillo, continuó diciendo el obispo, rompí el

sello, que tenia grabadas, como puede verse aun, las antiguas armas del conde de Griffenfeld.—En dicho cofrecillo hemos encontrado un secreto infernal en efecto, como podreis juzgar, señores jueces. Prestadme toda vuestra atencion, porque al tratarse de derramar sangre humana, el Señor pesa cada gota.

Abrió el cofrecillo el obispo y sacó de él un pergamino, en cuyo reverso estaba escrita la declaracion siguiente:

“Yo, Blaxtham Cumbysulsum, doctor, declaro en el momento de morir que entrego al capitan Dispolsen, procurador en Copenhague del antiguo conde de Griffenfeld, el siguiente documento, escrito todo él de puño y letra de la mano de Turiaf Musdæmon, servidor del canceller conde de Ahlefeld, con el fin de que el expresado capitan haga de él el uso que más le convenga. Ruego á Dios que perdone mis crímenes.—Escrito en Copenhague el oncenno dia del mes de Enero de mil seiscientos noventa y nueve.

Cumbysulsum.”

Temblor convulsivo se apoderó del secretario intimo; quiso hablar y no pudo. El presidente estaba pálido y agitado al recibir el pergamino que le entregó el obispo.

—Qué veo?... exclamó el gran canceller despues de desplegar y de ver el encabezamiento del pergamino:—“Nota pasada al noble conde de Ahlefeld para desahucarnos jurídicamente de Schumacker....” Yo os juro, reverendo obispo, que...

El pergamino se cayó de las manos del presidente.

—Leed, leed, señor canceller, prosiguió el obispo. No dudo que vuestro indigno servidor abusara de vuestro nombre, porque abusó del infortunado Schumacker, pero ved los funestos efectos que produjo, que ha producido el odio que os inspiraba vuestro predecesor caído: uno de vuestros cortesanos fraguó su pérdida, esperando sin duda congraciarse con vuestra gracia de ese modo.

Reanimó al presidente ver que las sospechas del obispo, que ya conocia el contenido del cofrecillo de hierro, no recayeran sobre él.

Ordenar empezó tambien á respirar, porque ya entreveia que iban á patentizarse al mismo tiempo la inculpabilidad del padre de Ethel y la suya. Profundo asombro le causaba el capricho de la suerte, que le arrastró á la persecucion de un bandido formidable con la idea de arrebatarle el cofrecillo, que su